

EN los primeros tiempos, Baltasar, embriagado por el aroma del cigarro, se mostró asiduo, olvidó su habitual reserva y obró como si no temiese la opinión del mundo ni de su familia. Es cierto que en el barrio apartado donde Amparo moraba no era fácil que le viesen las gentes de su trato; no obstante, alguna vez tropezó con conocidos en ocasión de ir acompañando á la muchacha. Fuese por esta razón ó por otras, no tardó en buscar lugares más recónditos para las entrevistas, adonde cada cual iba por su lado, no reuniéndose hasta estar al abrigo de ojos indiscretos. Uno de estos sitios era una especie de merendero unido á una fábrica de gaseosa, bebida muy favorita de las cigarreras. Ante la mesa de tosca piedra, roída por la intemperie, se sentaban Baltasar y Amparo, y allí les traían botellas de cerveza ó de gaseosa, cuyo alegre taponazo animaba de tiempo en tiempo el diálogo. Una parra tupida les prestaba sombra; algunas ga-

llinas picoteaban los cuadros de un mezquino jardín; el lugar era silencioso, parecido á un gabinete muy soleado, pero oculto. Por entre las hojas de vid se filtraban los rayos del sol, y caían á veces, en movibles gotas de luz, sobre el rostro de Amparo, mientras Baltasar la contemplaba, admirando involuntariamente ciertas gracias y perfecciones de su rostro hechas para ser vistas de cerca, como la delicada red de venas que obscurecía sus párpados, las sinuosidades de su diminuta oreja, la nitidez del moreno cútis, donde la luz se perdía en medias tintas de miel, la caliente riqueza del color juvenil, la blancura de los dientes, la abundancia del cabello. Duró este inventario minucioso algún tiempo, al cabo del cual, Baltasar, habiendo aprendido de memoria estas y otras particularidades, y hablado con la Tribuna de todo lo que se podía hablar con ella, empezó á encontrar más largas las horas. Escaseó las visitas al merendero, limitándolas á los días festivos, y mientras Amparo le elaboraba á *mano* los cigarrillos que acostumbraba á consumir, él lefa, arrancando al pitillo recién liado nubes de humo. No sabiendo qué hacer, quiso enseñar á Amparo cómo se fumaba, á lo cual ella se prestó con repugnancia, alegando que las cigarreras no fuman, que casualmente están "hartas de ver tabaco", y que éste sólo es bueno para ponerse parches en las sienas cuando duele la cabeza. Discurriendo medios de entretenerse, Baltasar trajo á Amparo alguna novela para que se la leyese en voz alta;

pero era tan fácil en llorar la pitillera así que los héroes se morían de amor ó de otra enfermedad por el estilo, que convencido el oficial de que se ponía tonta, suprimió los libros. En suma, Baltasar y Amparo se hallaron como dos cuerpos unidos un instante por la afinidad amorosa, separados después por repulsiones invencibles, y que tendían incesantemente á irse cada cual por su lado.

Para colmo de aburrimiento, reparó Baltasar que, al paso que él aspiraba á ocultar diestramente su aventura, Amparo, que ya tenía puesta toda su esperanza en las falaces palabras y en el compromiso creado por el seductor, se perdía porque les viesan juntos, porque la publicidad remachase el clavo con que imaginaba haberle fijado para siempre. Quería ostentarle, como Ana ostentaba su capitán mercante; quería que la familia de Sobrado supiese lo que sucedía y rabiase, y que la de García, la orgullosa damisela, se enterase también de que Baltasar la dejaba por la Tribuna; ¡por la Tribuna! Quemadas ya las naves, á Amparo la convenía armar bulla, tanto como á Baltasar guardar silencio. De esta diversa disposición de ánimo nacieron las primeras reyertas, leves y cortas aún, de los dos amantes, reyertas que al principio sirvieron de diversión á Baltasar, porque á veces hasta la contrariedad distrae. Al menos, mientras duraban, no venía el importuno bostezo á descoyuntar las mandíbulas. Peor sería hablar de política, conversación que Baltasar había prohibido y á

la cual la Tribuna se manifestaba más aficionada de algún tiempo á esta parte.

No era del todo sistemática la conducta de Amparo al buscar publicidad en sus amoríos; su carácter la impulsaba á ello. Superficial y vehemente, gustaba de apariencias y exterioridades; la lisonjeaba andar en lenguas y ser envidiada, nunca compadecida. El día que dió sus pendientes de oro para la Rita, no la quedaba en casa un ochavo, y por pueril orgullo dijo á todas que tenía dinero, amenguando así el valor de su noble rasgo. Ahora, durante sus relaciones con Baltasar, trabajaba más que nunca y se vestía lo mejor posible, para hacer creer que el señorito de Sobrado era con ella dadivoso. Se regocijaba interiormente de que la sostuviesen sus ágiles dedos, mientras el barrio la envidiaba larguezas que no recibía; es más, que rechazaría con desdén si se las ofrecieran. Su vanidad era doble: quería que el público tuviese á Baltasar por liberal, y que Baltasar no la tuviese á ella por mercenaria. Y Baltasar, si pagaba la gaseosa, los pastelillos, alguna vez las entradas del teatro, en lo demás se mostraba digno heredero y sucesor de doña Dolores Andeza de Sobrado. Nunca pensó ó nunca quiso pensar (que hasta á esto del pensar sobre una cosa suele determinarse la voluntad libremente) en lo que comería aquella buena moza, si sería caldo ó borona, si bebería agua clara, y cómo se las compondría para presentársele siempre con enagua almidonada y crujiente, bata de percal saltando de limpia,

botitas finas de rusel, pañuelo nuevo de seda. El cigarro era aromático y selecto; ¿qué le importaba al fumador el modo de elaborarlo?

Entre tanto, Amparo disfrutaba viendo la rabia de sus rivales en la Fábrica, la sonrisilla de Ana, las indirectas, los codazos, la atmósfera de curiosidad que se condensaba en torno de su persona, llegando á tanto su desvanecimiento, que se hacía á sí propia regalos misteriosos para que creyese la gente que procedían de Sobrado; se prendía en el pecho ramilletes de flores, y hasta llegó á adquirir una sortija de plata con un corazón de esmalte azul, por el retegustazo de que la supusieran fineza de Baltasar. Cuando le preguntaban si era cierto que se casaba con un señorito, sonreía, se hacía la enojada como de chanza, y fingía mirar disimuladamente la sortija... ¡Casarse! ¿Y por qué no? ¿No éramos todos iguales desde la revolución acá? ¿No era soberano el pueblo? Y las ideas igualitarias volvían en tropel á dominarla y á lisonjear sus deseos. Pues si se había hecho la revolución, y la Unión del Norte, y todo, sería para que tuviésemos igualdad, que si no, bien pudieron las cosas quedarse como estaban... Lo malo era que nos mandase ese rey italiano, ese Macarronini, que daba al traste con la libertad... Pero iba á caer, y ya no había duda, llegaba la república.

Con estos pensamientos entretenía las horas de trabajo en la Fábrica. A cada pitillo que enrollaba, al suave crujido del papel, una cándida esperanza surgía en su corazón. Cuando ella

fuese señora no había de portarse como otras altaneras, que estuvieron allí liando cigarros lo mismo que ella, y ahora, porque arrastraban seda, miraban por cima del hombro á sus amigas de ayer. ¡Quiá! Ella las saludaría en la calle, cuando las viese, con afabilidad suma. Por lo que hace á recibirlas de visita... eso, según y conforme dispusiese su marido; pero, ¿qué trabajo cuesta un saludo? A Ana pensaba enseñarla su casa. ¡Su casa! ¡Una casa como la de Sobrado, con sillería de damasco carmesí, consola de caoba, espejo de marco dorado, piano, reloj de sobremesa y tantas bujías encendidas! Y Amparo, cerrando los ojos, creía sentir en el rostro el frío cierzo de la noche de Reyes... Cuando entraba descalza en el portal de Sobrado á cantar villancicos, ¿imaginó que se enamorase de ella Baltasar? Pues así como había sucedido esto, *lo otro...*

No obstante, dentro de la Fábrica misma hubo escépticas que auguraron mal de los enredos en que se metía Amparo. ¡Casarse, casarse! Pronto se dice; pero del dicho al hecho... ¿Regalos? ¡Vaya unos regalos para un hijo de Sobrado! ¡Sortijas de plata, ramos de á dos cuartos! ¡Bah, bah! Ya se sabía en lo que paraban ciertas cosas. Aunque sordos, estos rumores no fueron tan disimulados que no llegasen hasta la interesada, y unidos á otras pequeñas que ella observaba también, empezaron á clavarla en el alma el dardo de los más crueles celos. Baltasar enfriaba á ojos vistas: á cada paso mostraba más cautela, adoptaba mayores

precauciones, descubría más su carácter previsor y el interés en esconder su trato con la muchacha, como se oculta una enfermedad humillante. Mostrábase aún tierno y apasionado en las entrevistas; pero se negaba obstinadamente á acompañar á Amparo dos pasos más allá de la puerta.

Todo lo referido lo notó desde su cama la paralítica, que se hallaba sumamente inquieta y quejosa por varias razones: entre otras, porque desde que Amparo gastaba cuanto ganaba en botas nuevas y enaguas bordadas, ella se veía privada de algunas comodidades y golosinas que no la escatimaban antes. Malo era que su hija se perdiese, y malo también que, tratando con señores, en vez de traer dinero á casa, se empeñase, y tuviese que pasarse las noches haciendo pitillos de encargo para poder comer. ¡Y mucho de flores! ¡Y mucho de chambras con puntillas! ¡Qué necesidad!

Confidente de estas lamentaciones era Chinto, que solía venir á pasearse con la tullida largas horas al salir del trabajo, desde que supo cuán propicia se había mostrado á su pretensión matrimonial. Aún volvía la vieja á la carga de tiempo en tiempo, y hablaba de Chinto á su hija; él no sería fino ni buen mozo, pero era un burro de carga, un lobo para el trabajo y un infeliz. Autorizada, sin duda, por tan buenas intenciones, la paralítica disponía de Chinto como de un yerno. Una vez, cuando empezó á escasear el dinero, rogóle que "fuese por seis cuartos de azúcar para la cascarilla á la tienda

de la esquina, que ya serían abonados. El mozo salió y volvió con un cucurucho de papel de estraza henchido de azúcar moreno; del pago no se habló más. Otro día se encargó de tomar un décimo para el próximo sorteo; la vieja, por tranquilizar su conciencia de empedernida jugadora, dijo que si "le caía," partirían como buenos amigos. Poco á poco, y ayudando á ello lo muy distraída que andaba Amparo, volvió Chinto á amarrarse al antiguo yugo, á obedecer ciegamente á la despótica voz de la tullida; hizola los recados, la arregló el cuarto, la trajo remedios, la dió unturas. Y no quiere decir esto que la pobre mujer se propusiese deliberadamente explotar al mozo, sino que, á su edad y en su estado, ciertos cuidados y mimos son tan necesarios como el aire respirable.

Curioso espectáculo en verdad el que ofrecía Chinto, descolorido, flaco, casi harapiento, cuidando de aquella mujer que no era su madre, que siempre le había tratado con dureza; y mientras él mondaba las patatas para el caldo del día siguiente, ó mullía el jergón de la impedida, Amparo regresaba, á la plateada luz de la luna de verano, que prolongaba sobre la carretera de la Olmeda la sombra de los majestuosos árboles, de alguna cita en lugares escondidos, en los solitarios huertos ó en el desierto camino del cerro de Aguasanta.

## XXXIII

## LAS HOJAS CAEN

A CONTECIÓ que, cuando ya se aproximaba el otoño, la parálitica llamó á Amparo á la cabecera de su lecho, con tono y ademanes singulares, murmurando sordamente:

— Acércate aquí, anda.

Amparo se acercó con la cabeza baja. La madre extendió la mano, la cogió violentamente la barbilla para que alzase el rostro, y con voz aguda y terrible gritó:

— ¿Y ahora?

Calló la hija. Constábale que la persona que la interrogaba así había vivido largos años orgullosa de su matrimonio legítimo, de su honestidad plebeya, de su marido trabajador, de que en la Fábrica los citasen á entrambos por modelo de familia unida, de que en cierta ocasión el Jefe hubiese proferido palabras honrosas para ella, llamándola mujer "formal y de bien." Amparo lo sabía, y por eso callaba. Repetidas veces la parálitica la diera consejos, haciendo funestos vaticinios, que se cumplían al fin. Incorporada á medias sobre la cama, con-

centrando en los ojos la vida furiosa de su cuerpo, repitió la madre, con desprecio y con ira:

—¿Y ahora?

Amparo permaneció pálida é inmóvil. La tullida sintió un hormiguelo en la palma de la mano, y la estampó ruidosamente en la mejilla de su hija, que se tambaleó, retrocedió escondiendo el rostro, y se fué á sentar en la silla más próxima.

—¡Sin vergüenza, raída, eso de mí no lo aprendistes! —vociferó la enferma, algo ahogada ya después del bofetón.—No respondió nada la oradora, que diera entonces de buen grado su popularidad, y hasta el advenimiento de la ideal república, por hallarse siete estados debajo de tierra. No obstante, se sorbió estoicamente las lágrimas abrasadoras que asomaban á sus ojos, y, abatida, reconociendo y acatando la autoridad maternal, balbució:

—Me ha dado palabra de casamiento.

—¡Y te lo creiste!

—No sé por qué no... —exclamó la muchacha con acento más firme ya.—Yo soy como otras, tan buena como la que más... hoy en día no estamos en tiempos de ser los hombres desiguales... hoy todos somos unos, señora... se acabaron esas tiranías.

Meneó la cabeza la paralítica, con la tenaz desconfianza de los viejos indigentes que nunca han visto llover del cielo torreznos asados.

—El pobre, pobre es—pronunció melancólicamente...—Tú te quedarás pobre, y el señorito se irá riendo...—Y á esta idea, sintiendo

renacer su furor, chilló:—Sácateme de delante, indina, que te mato: si te dieron palabras, que te las cumplan.

Amparo se agachó, y salió temblando. A solas, recobró energía, y calculó que tal vez hacía mal en desesperarse; acaso su mala ventura sería un lazo más que acabase de unir á Baltasar con ella para siempre. Sí; no podía suceder de otro modo, á menos que tuviese entrañas de tigre.

Esperó con afán el domingo, día de cita en el merendero de la gaseosa. Madrugó; llegó mucho antes que Baltasar. El otoño iba despojando á la parra de su pomposo follaje recortado, y los nudosos sarmientos parecían brazos de esqueleto mal envueltos en los jirones de púrpura de las pocas hojas restantes. Algún racimo negreaba en lo alto. En unas tinajas viejas arrimadas al banco de piedra, había botellas vacías que semejaban embarcaciones náufragas varadas en el arenal. Amparo sentía mucho frío cuando Baltasar llegó.

Sentóse éste al lado de la muchacha, que le presentó un paquete de sus cigarrillos predilectos, emboquillados, bastante largos, liados con gran esmero. Baltasar tomó uno y lo encendió, chupándolo nerviosamente con rápidas aspiraciones. Toda mujer prendada de un hombre llega á conocer por sus movimientos más leves, por los actos que distraída y casi mecánicamente ejecuta, el talante de que está. Amparo sabía que cuando Baltasar fumaba así, no se distinguía por lo jocoso y afable. Como la luz del sol

no hallaba obstáculos para filtrarse al través de la deshojada parra, el rostro del mancebo, bañado de claridad, parecía duro y anguloso; su bigote, blondo á la sombra, tenía ahora un dorado metálico; sus ojos zarcos miraban con glacial limpidez. La pobre Tribuna, tan intrépida cuando peroraba, se halló del todo cortada y recelosa, y creyó sentir que le anudaban la garganta con dogal. Esperó en vano una expansión, una caricia dulce y apasionada, que no vino. Baltasar se callaba cosas muy buenas, y seguía ticturno. De cuando en cuando el soplo de las ráfagas otoñales desprendía una de las postreras hojas de vid, que caía arrugada y amarillenta sobre la mesa de granito, entre los dos amantes, produciendo un ruidito seco. ¡Pin! En los oídos de Baltasar resonaba la voz de doña Dolores, exclamando: "¿Chico, no sabes que las de García... ¡pásmatel ganan el pleito en el Supremo? Lo sé de fijo por el misimo abogado de aquí. ¡Pin, pin! Y Amparo, á su vez, escuchaba frases coléricas: "Si te dieron palabras, que te las cumplan." ¡Pinn!... Una hoja purpúrea descendía con lentitud... "Baltasarito, hijo, van á calzarse ciento y no sé cuántos miles de duros, si ganan."

Al fin, Baltasar fué el primero que rompió el silencio... Habló del trabajo que le costaba venir, de lo necesario que era el recato, de qué tendrían que verse menos... Decía todo esto con acento duro, como si Amparo en algo fuese culpable respecto de él. La cigarrera le escuchaba muda, con los labios blancos, mirando

figmente al rostro de Baltasar, que tenía la expresión distraída del mal pagador que no quiere recordar su deuda. Y era lo peor del caso que, por más que la Tribuna pretendía echar mano de su oratoria, que la hubiese vendido de perlas entonces, no encontraba frase con que empezar á tratar del asunto más importante. Al fin, como viese con asombro levantarse á Baltasar, diciendo que le esperaba el coronel para asuntos del servicio, ella también se alzó resuelta, y le dió la noticia clara y brutalmente, sin ambajes ni rodeos, sintiendo hervir dentro del pecho una cólera que centuplicaba su natural valor.

Un relámpago de sorpresa cruzó por las pupilas transparentes y yertas de Sobrado; mas al punto se plegó su delgada boca, y diríase que le habían cerrado el semblante con llave doble y selládolo con siete sellos. Era otro Baltasar y selládolo del mancebo gracioso, halagüeño y feo de las horas veraniegas. Amparo notó que representaba diez años más.

—Ahora—dijo, plantándose delante de él—es justo que me cumplas la palabra.

—Ahora...—repetió él con voz lenta.—La palabra...

—¡De casarte conmigo! Me parece que me sobra derecho para pedir...

—Mujer...—contestó Baltasar reposadamente, sacudiendo la ceniza del pitillo—no todas las cosas salen á medida del deseo. Las circunstancias le obligan á uno á mil transacciones, que... Yo quisiera, lo mismo que tí, que fuese

mañana; pero ponte en mi caso... Mi madre... mi padre... mi familia...

—¡Tu familia, tu familia! ¿Pues no dijiste que ella era una cosa y tú otra? ¿Le echo yo alguna mancha á tu familia, por sí acaso? ¿Soy hija de algún ajusticiado, ó de algún capitán de gavilla? ¿No estamos en tiempos de igualdá? ¿No es mi madre tan honrada como la tuya, repelo?

—No es eso... yo no te digo que...

—¿Pues qué dices entonces, que te quedas ahí callado? ¿Tienes algo que echarme en cara? ¿No me gano yo la vida trabajando honradamente, sin pedirte á ti ni á nadie? ¿Te he pedido algo, te he pedido algo? ¿Ando yo con otros?

—¿Quién te dice semejante cosa? Pero sucede que hoy por hoy, lo que tú deseas, es decir, lo que deseamos, es imposible.

—¡Imposible!

—Por algún tiempo no más... No me hallo todavía en situación de prescindir de mi familia... cuando alcance una graduación superior y pueda vivir con el sueldo...

—¿No eres ya capitán?

—Graduado, pero la efectividad... En fin, te lo repito, hazte cargo; en las circunstancias por que atravieso no cabe una determinación semejante. Sería menester estar loco. Y digo más; créeme, hija; tenemos que ser muy prudentes para no comprometernos.

—¡No comprometernos!—gimió con amargura la muchacha.—¡No comprometernos! ¿Pero tú te has figurado—pronunció, reponiéndose y

recobrando su impetuoso carácter—que yo soy tonta? ¿Piensas que me puedes meter el dedo en la boca? ¿Qué compromiso ni qué... repelo, te viene á ti de todo esto? ¡La comprometida, la engañada y la perdida soy yo!

Dejóse caer en el banco de piedra, y apoyando la sien en la fría mesa de granito, rompió en convulsivos sollozos.

—No grites, hija—murmuró Baltasar, aproximándose.—No llores... que pueden oírte y es un escándalo. Amparo, mujer, vamos, no hay motivo para esos gritos.

La crisis fué corta. Levantóse la oradora con los ojos encendidos, pero sin que una lágrima escaldase su mejilla morena. Indignada, miró á Baltasar, y le encontró sereno, incommovible, con su fina y sonrosada tez y sus ojos garzos transparentes, en los cuales se reflejaba la luz del cielo sin comunicarles calor. El quiso hacer dos ó tres zalamerías á la muchacha para conjurar la tormenta; pero su ademán era violento, sus movimientos automáticos. Amparo le rechazó, y se colocó por segunda vez delante de él en actitud agresiva.

—Habla claro... ¿nos casamos ó no?

—Ahora no puede ser, ya te lo he dicho—contestó él sin perder su continente flemático.

—¿Y cuando?

—¡Qué sé yo! El tiempo, el tiempo dirá. Pero has de tener calma, hija... un poco de calma.

—Pues abur, hasta que me pagues lo que me debes—exclamó ella en voz vibrante, sin cuidarse de que la oyesen desde la casa ó desde



el camino los transeuntes.—Yo no soy más tu mona de diversión, para que lo sepas; no me da la gana de andarme escondiendo, de ir con estas noches de frío á Aguasanta y á mil sitios así, por darte gusto.

Avanzó tres pasos más, y poniendo la mano en el hombro del oficial:

—El día menos pensado...—pronunció—cuando te vea en las Filas ó en la calle Mayor... me cojo de tu brazo delante de las señoritas, ¿oyes? y canto allí mismo, allí... todo lo que pasa. Y cuando venga la nuestra... ó te hacemos pedazos, ó cumplas con Dios y conmigo. ¿Entiendes, falsario?

Y en voz queda, con acento de religioso terror:

—¿Tú no tienes miedo á condenarte? Pues si mueres así... más fijo que la luz, te condenas. Y si viene la federal... que Dios la traiga y la Virgen Santísima... te mato, ¿oyes? para que vayas más pronto al infierno.

Diciendo así, dióle un empujón, y le volvió la espalda, saliendo con paso rápido, la frente alta, la mirada llameante, á pesar del peregrino desfallecimiento, de la desusada conmoción interior que la avisaba de que evitase tales escenas. Al salir la Tribuna, una ráfaga más fuerte desparramó por la mesa muchas hojas de vid, que danzaron un instante sobre la superficie de granito, y cayeron al húmedo suelo.

—¿Lo hará?—meditó Baltasar á solas.—¿Me vendrá á abochornar en público? Tengo para mí que no... Estos genios vivos y prontos son

del primer momento: pasado ese, quedan como malvas. Quiá... no lo hace. Sin embargo, me convendría salir de Marineda una temporada...

Al pensar esto miraba maquinalmente á las hojas secas, que valsaban con lánguido y desmayado ritmo.

—Pero, ¿y Josefina? Si las noticias de mamá son ciertas, no va á ser posible abandonar una proporción que tal vez no vuelva á encontrar en mi vida. ¡Qué mil diablos! Y esa chica era guapa... ¡Lo que es guapa! ¡Qué tonterías! ¿Por qué se buscará uno estos conflictos? ¡Yo que tengo juicio para diez!

Impaciente, tiró el cigarro que estaba concluyendo. Un átomo de fuego brilló entre las hojas, que crujieron encogiéndose, y á poco la colilla se apagó.

Frió es el invierno que llega; pero las noticias de Madrid vienen calentitas, abrasando. La cosa está abocada, el italiano va á abdicar porque ya no es posible que resista más la atmósfera de hostilidad, de inquina, que le rodea. El mismo se declara aburrido y hartó de tanto contratiempo, de la grosería de sus áulicos, de la guerra carlista, del vocerío cantonal, del universal desbarajuste. No hay remedio: las distancias se estrechan, el horizonte se tiñe de rojo, la federal avanza.

La Fábrica ha recobrado su Tribuna. Es verdad que ésta vuelve herida y maltrecha de su primer salida en busca de aventuras; mas no por eso se ha desprestigiado.—Sin embargo, los momentos en que empezó á conocerse su desdicha fueron para Amparo de una vergüenza quemante. Sus pocos años, su falta de experiencia, su vanidad fogosa, contribuyeron á hacer la prueba más terrible. Pero en tan crítica ocasión no se desmintió la solidaridad de la Fábrica. Si alguna envidia excitaba antaño la

hermosura, garbo y labia irrestañable de la chica, ahora se volvió lástima, y las imprecaciones fueron contra el eterno enemigo: el hombre. ¡Estos malditos de Dios, recondenados, que sólo están para echar á perder á las muchachas buenas! ¡Estos señores, que se divierten en hacer daño! ¡Ay, si alguien se portase así con sus hermanas, con sus hijitas, quién les oiría y quién les vería abalanzarse como perros! ¿Por qué no se establecía una ley para eso, caramba? ¡Si al que debe una peseta se la hacen pagar más que de prisa, me parece á mí que estas deudas aún son más sagradas, demontre! ¡Sólo que ya se ve; la justicia la hay de dos maneras; una á raja tabla para los pobres, y otra de manga ancha, muy complaciente, para los ricos!

Algunas cigarreras optimistas se atrevieron á indicar que acaso Sobrado se casaría, ó por lo menos reconocería lo que viniese.

—Sí, sí... ¡Esperar por eso, papalanatas! ¡Ahora se estará sacudiendo la levita y burlándose bien!

—¡No sabes... yo no quiero que ella lo oiga, ni lo entienda—decía la Comadreja á Guardiana—pero ese descarado ya vuelve á andar detrás de la de García!

—¡Bribón!—exclamaba Guardiana.—¿Y quién lo ve, tan juicioso como parece?

—Pues conforme te lo digo.

—Amparo tampoco debió hacerle caso.

—Mujer, uno es de carne, que no es de piedra.

—¿Se te figura á ti que á cada uno le faltan ocasiones?—replicó la muchacha.—Pues si no hubiese más que... ¡Madre querida de la Guardia! No, Ana; la mujer se ha de defender ella. Civiles y carabineros á la puerta, no se los pone nadie. Y las chicas pobres que no heredamos más mayorazgo que la honradez... Hasta te digo que la culpa mayor la tiene quien se deja embobar.

—Pues á mí me da lástima de ella, que es la que pierde.

—A mí también. Lástima, sí.

Y á todo el mundo se la daba. ¡Quién habría reconocido á la brillante oradora del banquete del Círculo Rojo en aquella mujer que pasaba con el mantón cruzado, vestida de oscuro, ojerosa, deshecha! Sin embargo, sus facultades oratorias no habían disminuido; sólo sí cambiando algún tanto de estilo y carácter. Tenían ahora sus palabras, en vez del impetuoso brío de antes, un dejo amargo, una sombra y patética elocuencia. No era su tono el enfático de la prensa, sino otro más sincero, que brotaba del corazón ulcerado y del alma dolorida. En sus labios, la República federal no fué tan sólo la mejor forma de gobierno, época ideal de libertad, paz y fraternidad humana, sino periodo de vindicta, plazo señalado por la justicia del cielo, reivindicación largo tiempo esperada por el pueblo oprimido, vejado, trasquilado como mansa oveja. Un aura socialista palpitó en sus palabras, que estremecieron la Fábrica toda, máxime cuando el descoñcierto de la Hacienda

dió lugar á que se retrasase nuevamente la paga en aquella dependencia del Estado. Entonces pudo hablar á su sabor la Tribuna, despa- charse á su gusto. ¡Ay de Dios! ¿Qué les im- portaba á los señores de Madrid... á los pfcas- ros de los ministros, de los empleados, que ellas falleciesen de hambre? ¡Los sueldos de ellos estarían bien pagados, de fijo! No, no se descuidarían en cobrar, y en comer, y en llenar la bolsa. ¡Y si fuesen los ministros los únicos á reirse del que está debajo! ¡Pero á todos los ricos del mundo se les daba una higa de que cuatro mil mujeres careciesen de pan que lle- var á la boca!

Y al decir esto, Amparo se incorporaba, casi se ponía de pié en la silla, á pesar de los enér- gicos y apremiantes ¡sttt! de la maestra, á pe- sar del inspector de labores, que desde hacía un momento estaba ásomado á la entrada del ta- ller, silencioso y grave.

—¡Qué cuenta tan larga...—proseguía la ora- dora, animándose al ver el mágico y terrible efecto de sus palabras—qué cuenta tan larga darán á Dios algún día esas sanguijuelas, que nos chupan la sangre toda! Digo yo, y quiero que me digan, porque nadie me contesta á esto, ni puede contestarme: ¿hizo Dios dos castas de hombres, por si acaso, una de pobres y otra de ricos? ¿Hizo á unos para que se paseasen, dur- miesen, anduviesen majos, y hartos, y conten- tos, y á otros para sudar siempre y arrimar el hombro á todas las labores, y morir como pe- rros sin que nadie se acuerde de que vinieron al

mundo? ¿Qué justicia es ésta, retepelo? Unos trabajan la tierra, otros comen el trigo; unos siembran y otros recogen; tú, un suponer, plan- taste la viña, pues yo vengo con mis manos la- vadas y me bebo el vino...

—Pero el que lo tiene, lo tiene—interrumpía la conservadora Comadreja.

—Ya se sabe que el que lo tiene, lo tiene; pero ahora vamos al caso de que es preciso que á todos les llegue su día, y que cuantos na- cemos iguales gocemos de lo mismo, ¡tan si- quiera un par de horas! ¡Siempre unos holgan- do y otros reventando! Pues no ha de durar hasta la fin de los siglos, que alguna vez se ha de volver la tortilla.

—El que está debajo, mujer, debajito se queda.

—¡Conversación! Mira tú, en París de Fran- cia, el cuento ese de la *Comun...* ¡Anda si pu- sieron lo de arriba abajo! ¡Anda si se sacudie- ron! No quedó cosa con cosa... así, así debe- mos hacer aquí, si no nos pagan

—¿Y allá, qué hicieron?

Amparo bajó la voz.

—Prender fuego... á todos los edificios pú- blicos...

Un murmullo de indignación y horror salió de la mayor parte de las bocas.

—Y á las casas de los ricos... y...

—¡Asús! ¡fuego, mujer!

—Y afusil... y afusil... ar...

—¿Afusilar... á quién, mujer, á quién?

—A... á los prisioneros, y al arzobispo, y á los cur...

—¡Infames!

—¡Tigres!

—¡Calla, calla, que parece que la sangre se me cuajó toda!... ¿Y quién hizo eso? ¡Pues vaya unas barbaridás que cuentas!

—Si yo no las cuénto para decir que... que esté bien hecho eso de... de prender fuego y afusilar... ¡No, caramba! ¡No me entendéis, no os da la gana de entenderme! Lo que digo es que... hay que tener hígados, y no dejarse sobar ni que le echen á uno el yugo al cuello sin defenderse... Lo que digo es, que cuando no le dan á uno por bien lo suyo, lo muy suyo, lo que tiene ganado y reganado... Cuando no se lo dan, si uno no es tonto... lo pide... y si se lo niegan... lo coge.

—Eso, clarito.

—Tienes razón. Nosotras hacemos cigarros, ¿eh? pues bien regular es que nos abonen lo nuestro.

—No, y apuradamente no es ley de Dios esa desigualdá y esa diferenciencia de unos zampar y ayunar otros.

—Lo que es yo, mañana, ó me pagan, ó no entro al trabajo.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Si todas hiciésemos otro tanto... y si además nos viesen bien determinadas á armar el gran cristo...

—¡Mañana... lo que es mañana! ¿Habéis de hacer lo que yo os diga?

—Bueno.

—Pues venir temprano... tempranito.

A la madrugada siguiente los alrededores de la Fábrica, la calle del Sol, la calzada que conduce al mar, se fueron llenando de mujeres que, más silenciosas de lo que suelen mostrarse las hembras reunidas, tenían vuelto el rostro hacia la puerta de entrada del patio principal. Cuando ésta se abrió, por unánime impulso se precipitaron dentro, é invadieron el zaguán en tropel, sin hacer caso de los esfuerzos del portero para conservar el orden; pero en vez de subir á los talleres, se estacionaron allí, apretadas, amenazadoras, cerrando el paso á las que, llegando tarde, ó ajenas á la conjuración, intentaban atravesar más allá de la portería. Sordos rumores, voces ahogadas, imprecaciones que presto hallaban eco, corrían por el concurso, que se iba animando, y comunicándose ardimiento y firmeza. En primera fila, al extremo del zaguán, estaba Amparo, pálida y con los ojos encendidos, la voz ya algo tomada de perorar, y, sin embargo, llena de energía, incitando y conteniendo á la vez la humana marea.

—Calma—deciales con hondo acento—calma y serenidá... Tiempo habrá para todo: aguardar.

Pero algunos gritos, los empellones, y dos ó tres disputas que se promovieron entre el gentío, iban empujando, mal de su grado, á la Tribuna hacia la vetusta escalera del taller, cuando en éste se sintieron pasos que estremecían el piso, y un inspector de labores, con la fisonomía inquieta del que olfatea graves trastornos,

apareció en el descanso. Empezaba á preguntar, más bien con el ademán que con la boca: "¿Qué es esto?", á tiempo que Amparo, sacando del bolsillo un pito de barro, arrimólo á los labios y arrancó de él agudo silbido. Diez ó doce silbidos más, partiendo de diferentes puntos, corearon aquella romanza de pito, y el inspector se detuvo, sin atreverse á bajar los escalones que faltaban. Dos ó tres viejas desvenadoras se adelantaron hacia él, profiriendo chillidos temerosos, y tocándole casi, y se oyó un sordo "¡muera!". Sin embargo, el funcionario se rehizo, y cruzándose de brazos, se adelantó, algo mudada la color, pero resuelto.

—¿Qué sucede? ¿Qué significa este escándalo? —preguntó á Amparo, á quien halló más próxima. —¿Qué modo es éste de entrar en los talleres?

—Es que no entramos hoy—respondió la Tribuna. Y cien voces confirmaron la frase:—No se entra, no se entra.

—No entran Vds... ¿pues qué pasa?

—Que se hacen con nosotras iniquidás, y no aguantamos.

—No, no aguantamos. ¡Mueran las iniquidás! ¡Viva la libertad! ¡Justicia seca!—clamaron desde todas partes. Y dos ó tres maestras, cogidas en el remolino, alzaban las manos desesperadamente, haciendo señas al inspector.

—¿Pero qué piden Vds.?

—¿No oyes, hijo? ¡jos-ti-cia—berreó una desvenadora al oído mismo del empleado.

—Que nos paguen, que nos paguen, y que

nos paguen—exclamó enérgicamente Amparo, mientras el rumor de la muchedumbre se hacía tempestuoso.

—Vuelvan Vds., por de pronto, al orden y á la compostura que...

—No nos da la gana.

—¡Que baile el can-cán!

—¡Muera!

Y otra vez la sinfonía de pitos rasgó el aire.

—No pedimos nada que no sea nuestro—explotó Amparo con gran sosiego. —Es imposible que por más tiempo la Fábrica se esté así, sin cobrar un cuarto... Nuestro dinero, y abur.

—Voy á consultar con mis superiores—respondió el inspector, retirándose entre vociferaciones y risotadas.

Apenas le vieron desaparecer, se calmó la efervescencia un tanto. "Va á consultar", se decían las unas á las otras... "¿nos pagarán?"

—Si nos pagan—declaró la Tribuna, belicosa y resuelta como nunca—es que nos tienen miedo. ¡Alante! Lo que es hoy, la hacemos, y buena.

—Debimos cogerlo y rustrarlo en aceite—gruñó la voz oscura de la vieja. —¡Fretirlo como si fuera un pancho... que vea lo que es la necesidad y los trabajitos que uno pasa!

—Orden y unión, ciudadanas...—repetía Amparo con los brazos extendidos.

Transcurridos diez minutos volvió el inspector acompañado de un viejecillo enjuto y seco como un pedazo de yesca—que era el mismo Contador en persona. El Jefe no juzgaba oportuno

tuno por entonces comprometer su dignidad presentándose ante las amotinadas, y por medida de precaución había reunido en la oficina á los empleados y consultaba con ellos, conviniendo en que la sublevación no era tan temible en la Granera como lo sería en otras Fábricas de España, atendido el pacífico carácter del país. No quisiera él estar ahora en Sevilla.

—¿Qué recado nos trae?— gritaron al inspector las sublevadas.

—Oíganme Vds.

—Cuartos, cuartos, y no tanta parolería.

—Tengo chiquillos que aguardan que les compre mollete... ¿oyusté? y no puedo perder el tiempo.

—Se pagará... hoy mismo... un mes de los que se adeudan.

Hondo murmullo atravesó por la multitud, llegando á las últimas filas el "¿Pagan, si ó no? Pagan... ¡Un mes...! ¡Un mes!... Para poca salud... no consentir... todo, todo junto!". Amparo tomó la palabra.

—Como V. conoce, ciudadano inspector... un mes no es lo que se nos debe, y lo que nos corresponde, y á lo que tenemos derechos inalienables é individuales... Estamos resueltas, pero resueltas de verdá, á conseguir que nos abonen nuestro jornal, ganado honrosamente con el sudor de nuestras frentes, y del que sólo la injusticia y la opresión más impía se nos puede incautar...

—Todo eso es muy cierto, pero ¿qué quieren Vds. que hagamos? Si la Dirección nos

hubiese remitido fondos, ya estarían satisfechos los dos meses... Por de pronto se les ofrece á Vds. uno, y se les ruega que despejen el local en buen orden y sin ocasionar disturbios... De lo contrario, la guardia va á proceder al despejo...

—¡La guardia! ¡que nos la echen! ¡que venga! ¡Acá la guardia!

Cuatro soldados al mando de un cabo, total cinco hombres, bregaban ya en la puerta de entrada con las más reacias y temibles. No tenían, dijeron ellos después, corazón para hacer uso de sus armas; aparte de que no se les había mandado tampoco semejante cosa. Limitábanse á coger del brazo á las mujeres y á ir las sacando al patio: era una lucha parcial, en que había de todo: chillidos, pellizcos, risas, palabras indecorosas, amenazas sordas y feroces.

Pero sucedió que un soldado, al cual una cigarrera clavó las uñas en la nuca, echó á correr, trajo de la garita el fusil y apuntó al grupo: al instante mismo un pánico indecible se apoderó de las más cercanas, y se oyeron gritos convulsivos, imprecaciones, súplicas desgarradoras, ayes de dolor que partían el alma, y las mujeres, en revuelto tropel, se precipitaron fuera del zaguán, y corrieron buscando la salida del patio, empujándose, cayendo, pisoteándose en su ciego terror, arracimadas como locas en la puerta, impidiéndose mutuamente salir, y chillando lo mismo que si todas las ametralladoras del mundo estuviesen apuntadas y prontas á disparar contra ellas.

Quedóse en medio del zaguán la insigne Tribuna, sola, rezagada, vencida, llena de cólera ante tan vergonzosa dispersión de sus ejércitos. Para mostrar que ella no temía ni se escapaba, fué saliendo á pasos lentos y llegó al patio en ocasión que la guardia, aprovechándose de ventaja fácilmente adquirida, expulsaba á las últimas revolucionarias, sin mostrar gran enojo. Por galantería, el soldado del fusil administró á Amparo un blando culatazo, diciéndola: "Ea... afuera...". La Tribuna se volvió, miróle con regia dignidad ofendida, y sacando el pito, silbó al soldado. Después cruzó la puerta, que se cerró en sus mismas espaldas con gran estrépito de goznes y cerrojos.

Al verse fuera ya, miró asombrada en torno suyo y halló que una gran multitud rodeaba el edificio por todos lados. No sólo las que estaban dentro, sino otras muchas que habían ido llegando, formaban un cordón amenazador en torno de los viejos muros de la Granera. La Tribuna, viendo y oyendo que sus dispersas huestes se rehacían, comenzó á animarlas y á exhortarlas, á fin de que no sufriesen otra vez tan humillante derrota. Ya las que habían sido arrojadas por los soldados, al contacto de la resuelta muchedumbre, recobraran los ánimos decaídos, y enseñaban el puño á la muralla profiriendo invectivas.

Hicieron ruidosa ovación á su capitana, que empezó á recorrer las filas calentando á las que aún sentían recelo ó no estaban dispuestas á gritar. Y eligiendo dos ó tres de las más animo-

sas, mandólas que arrancasen una de las desiguales y vacilantes piedras de la calzada, que se movían como dientes de viejo en sus alvéolos, y, alzándola lo mejor posible, la condujesen ante la puerta que les acababan de cerrar en sus mismas narices. Brotó de entre los espectadores un clamoreo al ver ejecutar esta operación con tino y rapidez y oír retemblar las hojas de la puerta cuando la lápida cayó contra el quicio.

—Hacen barricadas— exclamó una cigarrera que recordaba los tiempos de la Milicia Nacional.

—¡Borricadas, borricadas— exclamaba una maestra—nos va á dar por cara todo este bullo!

El propósito de las desempedradoras no era ciertamente hacer barricadas, sino otra cosa más sencilla: ó bien echar abajo la puerta á pueros cantazos, ó bien elevar delante un montón de piedras por el cual se pudiese practicar el escalamiento. En su imprevisión estratégica olvidaban que del otro lado, al extremo del callejón del Sol, existía un portillo, un lado débil sobre el cual debía cargar el empuje del ataque. No estaba la generala en jefe para tales cálculos: cegada por la rabia, Amparo no pensaba sino en atravesar otra vez la misma puerta por donde la habían expulsado—¡oh rubor!—cuatro soldados y un cabo. Así es que arrancada ya, casi con las uñas, la primer baldosa, se procedió á desencajar la segunda. Apyadas en el muro de una casita de pesca-



dores, donde había redes colgadas á secar, Guardiania y la Comadreja miraban el motín sin tomar parte en él. Ana era remilgada, endeble como un junco, y jamás podrían sus descarnadas manos, forzadas sólo en los momentos de excitación nerviosa, levantar ni una pedadilla de arroyo algo grande; en cuanto á Guardiania, se creía obligada á permanecer allí, puesto que al fin el tumulto era "cosa de la Fábrica"; pero desaprobándolo, porque indudablemente, de todo aquello iban á resultar "desgracias".

—¡Mira Amparo, tan adelantada en meses, y cómo ella trajina!

—Es el demonche. Ella sola levanta la piedra—contestó Ana, con la reverencia de los débiles hacia la fuerza física.

Mas la primera piedra era enorme: una losa de un metro de longitud y gruesa y ancha á proporción, casi imposible de transportar sin auxilio de máquina alguna. Para echada á hombros de una sola persona era enorme y la aplastaría; para llevada en vilo entre varias, no se sabía cómo subirla. Amparo discurrió irla enderezando y rodando hasta la puerta, y en efecto, el sistema dió buen resultado y la piedra llegó á su sitio. Al punto que la vió colocada, tornó con infatigable ardor á intentar descuarjar un nuevo proyectil. En esta faena y bregaban entretenidas las pronunciadas, sin reparar que el sol calentaba más de lo justo y que ya eran casi las once de la mañana, cuando un rumor contenido, temeroso, leve al principio,

se propagó entre el concurso, cayendo como lluvia helada sobre el entusiasmo general, y causando notable descenso en los gritos y vociferaciones que coreaban el arranque de las piedras.

¿Quién dió la noticia? Un pilluelo, que, con los calzones remangados, venía al trote largo desde la plaza de la Fruta, allá en el barrio de Arriba. Oídos sus informes, las miradas se volvieron ansiosamente hacia los cuatro puntos cardinales, y cada boca murmuró, pegándose á cada oído ajeno, dos palabras preñadas de espanto: "Viene tropa."

Al notar la oleada del creciente rumor, abandonó la Tribuna la piedra que traía entre manos, y volvióse iracunda, con la mirada rechispeante, á la inerme multitud. Su rostro, su ademán, decían claramente: "Ahora vuelven estas cobardonas á dejarme aquí plantada." En efecto, el nombrar tropa bastó para que tomasen el portante algunas de las más animosas barricaderas. ¡Pero qué fué cuando, en el punto más lejano del horizonte, se vió aparecer una nube de polvo, y cuando se oyó como el trote de muchos caballos reunidos!

Amparo anima á sus huestes. Con la nariz dilatada, los brazos extendidos, diríase que la aparición de las brigadas de caballería y fuerzas de la Guardia civil que desembocan, unas por el camino real, otras por San Hilario, redobla su guerrero ardor, acrecienta su cólera. "No nos comerán,—grita... —Vamos á tirarles piedras, á lo menos tengamos ese gusto...." Nadie quiere

tenerlo. La losa enorme es abandonada; las que más gritaban se escurren por donde pueden; cuando las brigadas llegan á las puertas de la Granera, el motín se ha disuelto, sin dejar más señales de su existencia que dos medianas baldosas, arrimadas al portón, y algunas mujeres dispersas, inofensivas, en medrosa actitud.

## XXXV

## LA TRIBUNA SE PORTA COMO QUIEN ES

CADA vez más fría la estación invernal y más calientes las noticias que de allá fuera vienen á conmover la Fábrica. Por de pronto, no quedaron estériles las disposiciones marciales demostradas el día del motín, y al siguiente cobraron las operarias sus haberes íntegros. No era cosa de provocar el enojo del pueblo en el estado actual de España, que parecía ya la casa de Tócame Roque. Nadie se entendía; al ejército se le conocía por la "tropa amadeista"; la artillería presentaba la dimisión en masa; el Maestrazgo ardía; Saballs llamaba "cabecilla" á Gaminde y Gaminde le devolvía el calificativo; los Hierros ordenaban á una compañía entera de ferrocarriles suspender la circulación de trenes; corría en Cataluña moneda con el busto de Carlos VII, y la reina de más tristes destinos, la mujer de Amadeo I, á la cual tirios y troyanos nombraban desdeñosamente "la Cisterna", daba al mundo con terror y lágrimas un misero infante, y ningún obispo se prestaba á bautizar el vástago regio. Así andaba la patria. Más ade-